

LA NOVELA FILM

N.º 19

30 cts.



DE FLORISTA A MILLONARIA

La Novela Film



Imp. Vda. de J. Sanjuán Vila
Urgel, 7. - BARCELONA

LA NOVELA FILM

Redacción } Lauria, n.º 96
Administración } BARCELONA

Año I

N.º 19

DE FLORISTA A MILLONARIA

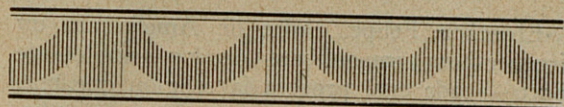
50185 MP 1923
INTERPRETACIÓN DE
BETTY BALFOUR



Exclusiva de L. GAUMONT

PASEO DE GRACIA, 66
BARCELONA

Prohibida la
reproducción



DE FLORISTA A MILLONARIA

—*—
ARGUMENTO DE LA PELÍCULA
—*—

Todo París acogió con una sonrisa entre irónica y cordial las extravagancias de la florista londinense Amelia Squibs, que un día se vió convertida en millonaria, merced a los caprichos locos de la Lotería.

La nueva rica se disponía a disfrutar de la vida una temporada en la espléndida capital de Francia, antes de consagrarse en Inglaterra a su nueva flamante profesión.

El señor Felipe, padre de Amelia era un frecuentador impenitente de los templos de Baco — cada cual profesa la religión que más le conviene —, y constituía un elemento indispensable cuando su hija iba de compras.

Cierta tarde, padre e hija, entraron en un establecimiento de compras de *la rue de la Paix*, y Amelia, con gesto de emperatriz, dijo a su progenitor:

—Espérame aquí un minuto... Voy a ver si me gusta algo en ese departamento, y lo compro para asombrar a las gentes.

El señor Felipe, sumiso a la afortunada criatura, se sentó en un salón de espera, o algo parecido, junto a unas maniqués de cera, en vistosos *deshabillés* que al anciano le recordaban otros tiempos y le devolvían ¡ay! las ilusiones perdidas.

Mientras el padre de la millonaria mataba el tiempo comparando la redondez de las formas de las cerúleas estatuas, llegó a la tienda otro señor.

Una dependienta se apresuró a recibir al visitante y éste le habló en voz baja.

Apareció en este momento la encargada, y la empleada le presentó al referido individuo:

—El señor Honeybunn es el secretario de Miss Fitzbulge, candidata al Parlamento inglés. Esa señorita acaba de llegar de Londres y nos pide hora para ver nuestras novedades.

—Está bien... Haga el favor, caballero, de esperar breves instantes. Lo consultaré con la dueña.

El señor Honeybunn se sentó al lado del señor Felipe y mirádoles se podía murmurar: “Dios los cría... y ellos se juntan”, porque, la verdad, si cara de mosquita muerta tenía el uno, no se quedaba en ello corto el otro.

El señor Honeybunn, bajo su apariencia de inofensivo secretario, tenía vista de lince para lo que él llamaba “pequeños negocios”... y no le quitaba ojo al señor Felipe...

Este, con los bolsillos vacíos, a pesar de los millones de su hija, añoraba en aquellos momentos su barrio de Londres, donde le fiaban en todas las tabernas...

La proximidad a que se encontraban ambos y su edad que vendría a ser la misma, convirtieron a los viejos en amigos.

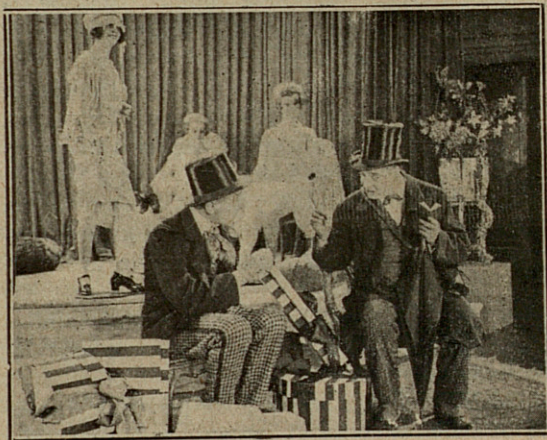
Amelia hizo dar orden a su padre de regresar al hotel y como el secretario de la candidata al Parlamento de Inglaterra ya había recibido contestación a su pregunta, salieron juntos el señor Felipe y el señor Honeybunn, que se hospedaban casualmente en el mismo hotel.

Entretanto, Amelia compraba deslumbradores vestidos y ya ataviada con uno de ellos se prometía no ser reconocida ni por su propio padre, tanto la cambiaba la majestuosa *toilette*.

En Londres, el policía Carlos Lee, prome-

tido de Amelia desde que la alegre muchacha vendía flores en las calles londinenses, la recordaba con melancolía y pedía al dios de los enamorados que ella le mandase noticias.

En el hotel de París, el señor Honeybunn



"Dios los cría... y ellos se juntan."

hacía sus "pequeños negocios" con el señor Felipe.

—Se lo digo a usted en secreto... La señorita Fitzbulge desea deshacerse de una parte de su negocio, pues sus ocupaciones no le per-

miten atenderlo... Además, ya se ha enriquecido bastante.

El señor Felipe, dándoselas de Rotschild, contestó — sin saber lo que contestaba:

—¡Oh, para mí unos cuantos miles de libras más o menos no significan nada!... Lo único que deseo es el bienestar de mi hija...

—A propósito, he aquí a la señorita Clara Fitzbulge... Se la voy a presentar y ustedes se entenderán directamente.

La citada señorita era lo que se llama "una que se queda para vestir santos", que, cansada de *esperar* novio, había emprendido el camino de la política y *esperaba* poder sentarse en uno de los escaños del Parlamento de Londres.

Su secretario, al ir a presentarla al señor Felipe, que saboreaba un estupendo helado, le indicó:

—Le advierto a usted que tiene muchísimo dinero y además es viudo...

Sonrió la señorita... y se produjo el primer encuentro.

El señor Felipe prefería su helado a todo lo demás y, naturalmente, la presencia de la voluminosa y vejestoria señorita, no le causó un agradable efecto.

Mucho menos cuando la oyó soplar mientras hablaba.

—¡Mi querido señor!... ¡El ambiente de París me embriaga!

—¡Atiza! pnesó el señor Felipe—. Ya me parecía a mí que no está muy serena...

Pero como tenía que decir algo, para no pecar de poco atento tratándose de una futura parlamentaria, trató del asunto de su negocio en venta.

—Sí, es un buen negocio... —afirmó la "señorita"—. Yo vendo diariamente diez mil litros de leche en los barrios pobres con un gran beneficio, pues cuido que el agua abunde más que la leche...

—Muy bien, muy bien... Me interesa... ya lo creo que me interesa... Precisamente la bebida del pueblo ha sido siempre tema favorito de mis estudios y de mis experiencias...

Amelia hizo su aparición en el hotel en aquel momento, causando sensación su elegancia.

La señorita Fitzbulge al oír que el señor Felipe decía: "Ahí está mi hija", le preguntó:

—¿Esa dama tan encofetada es su hija?

—Sí, la pobre tuvo la fiebre tifoidea cuando era niña y se quedó un poco chiflada... Imagínese usted que la chifladura le da por decir que mi dinero le pertenece.

—¡Pobre muchacha! ¡Tan señora!

—Sí, es una lástima... Cuando volvamos a Inglaterra tengo el propósito de hacerla entrar en un convento...

Amelia oyó las frases que le dedicaba su

cariñoso padre para aparentar lo que no era, y las retuvo en su memoria para repetírselas a solas.

Pero, para demostrar clarivamente a la señorita Fitzbulge su locura, Amelia, con la



Amelia hizo su aparición en el hotel causando sensación...

ayuda de unos pedazos de hielo del refresco que aquélla pidiera, armó un gran revuelo en el hotel, resbalando varias personas entre las

cuales se contaban ella misma y la gruesa señorita.

El señor Felipe no daba pie con bola.

¡Jesús, qué desastre! ¡Y cómo corría de un lado para otro el hielo indómito!

* * *

A solas, en sus habitaciones, padre e hija, se imponía una explicación difícil.

El señor Felipe, reconociéndose culpable, esperaba ver por donde se iba a descolgar su hija para castigarle.

—¿De modo que yo estoy chiflada... yo *creo* que el dinero es mío y tú, para curarme me vas a encerrar en un convento?—le interrogó ella.

—¡Amelia, hijita mía, yo no he dicho eso... has entendido mal! Yo he dicho que cuando me muriese dejaría un legado para los conventos...

—¡A mí con excusas, no! No te pongo a pan y agua por esta vez... porque soy una buena chica... pero cuidadito con reincidir en la falta.

—¡Palabra que no, chiquilla!

—En buena hora... ¿Y qué me dices de la revolución que se armó abajo?

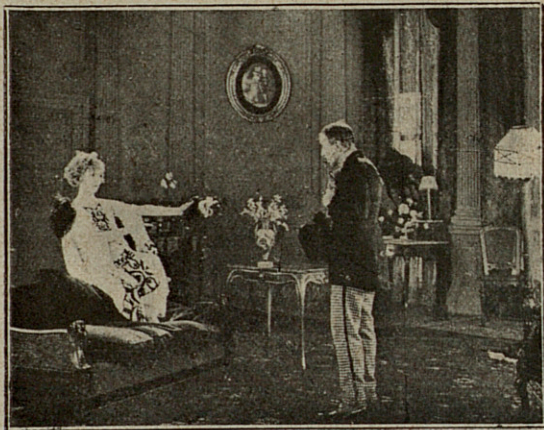
—¡Esa ha sido obra tuya! ¡Mira que tienes unos golpes!

—¡Eh, padre, estáte quieto... que *pá* golpes tú!... ¡Tengo este lado *acardenalao*!

—*Desimula*, hija...

—Ahora, hablando en serio, ¿qué quiere de nosotros esa vieja señorita?

—Me ofreció una parte de sus negocios de lechería... Gana tanto y cuanto... pone mucha



...se imponía una explicación difícil.

agua... Nada; es una *vivales*.

—Pues bien... nosotros también venderemos leche pero... sin mixtificación alguna. Me ha sido tan simpático ese adefesio que le vamos a hacer la competencia en el mismo barrio de

Londres donde ella tiene la central de las expendurias de leche.

—Pero ¿qué sabemos nosotros de montar un negocio de esta índole?

—Eso corre de mi cuenta... Yo tengo la llave del mundo...

—Y yo de la maleta...

—Ya verá usted si nos divertiremos... y cuantos rostros hambrientos nos van a sonreír.

—Oye, simpática hija de tu padre, ¿no me podrías montar una tabernita para proteger a ciertos compañeros de antiguas fatigas?

—¡Te daba así... con el pie sucio!

—No... nada de eso... que mi pantalón está nuevecito...

Desde aquella tarde, el señor Felipe supo esquivar los encuentros con la señorita Fitzbulge, pero, en cambio, consolidó su amistad con su secretario, a quien también le gustaba empinar de vez en cuando el codo.

De regreso en Londres, Amelia Squibs, con el dinero de la lotería, abrió en un barrio pobre una lechería modelo, con numerosas sucursales en barrios cercanos.

El policía Carlos Lee había abandonado su uniforme para convertirse en Director de los Establecimientos Squibs, con treinta depósitos esparcidos por la ciudad.

El señor Felipe le asesoraba — cuando no se escabullía para hacer una visita de cumplido

a la taberna de al lado — en su importante cargo.

La base del negocio de Amelia era la caridad... de modo que los beneficios se los comían las buenas obras.

* * *

El señor Felipe se rebeló, aquel día como otros anteriores, contra Carlos, y gesticulando como un alienado le dijo:

—¡Yo no me quedo aquí otra hora, aunque me aspen! Estoy acostumbrado al aire libre y no puedo estar encerrado ni cinco minutos!... Además, ¿no soy el padre de la propietaria, para hacer lo que se me antoje?

Amelia llegó a tiempo de oír la queja de su padre y le regañó eficazmente.

—¡Qué martirio, Señor, para un hombre como yo!—pensaba el señor Felipe.—¡Verme reducido a gato con tanta leche!

Amelia dejó en paz a su padre, y dió un repaso, con Carlos, su novio, a la contabilidad.

—El negocio es una ruina —le objetó él. No se cobra casi nada.

—No te preocupes, Carlos... Además de que hacemos obras de caridad, reventamos a la señorita Fitzbulge, que no puede resistir nuestra competencia.

—Yo me limito a obedecerte. No quisiera

que mis consejos de prudencia te parecieran interesados... Yo no le doy ningún valor al dinero.

—Por eso nos entendemos a maravilla los dos.

Era verdaderamente un gusto el que tenía Amelia de socorrer a los necesitados, y por todos los artículos que se vendían en sus Establecimientos se cobraban diez céntimos menos que por los de la casa Fitzbulge.

Una empleada le hizo, un día, participe de su temor de que la casa fuese, por tal camino, a la quiebra, y a ello repuso Amelia así:

—¡Bah! Si me arruino siempre puedo dedicarme otra vez a vender flores.

Agotada la paciencia de la señorita Fitzbulge, que llamaba traición a la jugada que le habían hecho el señor Felipe y su hija, aquélla se presentó en la central de los Establecimientos Squibs donde Amelia, exagerando las atenciones de chufia, la recibió con su padre y Carlos.

—He venido para decirles que conozco las calumnias que lanzan ustedes por ahí contra mi casa y no estoy dispuesta a tolerarlas.

—No sabemos de qué nos habla, "señorita".

—¿Se burlan ustedes encima? ¡Ah! ¿quieren ustedes guerra?... ¡Pues guerra tendremos!... ¡No me detendré hasta verlos a ustedes todos en el arroyo, de donde no debieran haber salido!

—Es usted muy dueña y señora... de su casa... pero en la nuestra no venga usted con bravatas porque usted y su secretario pueden ir a parar a la cúspide de los Montes Urales de un soplo.

—¡Jesús, qué cosa!

—Por si acaso, vaya usted con Dios...

—Al secretario no le toquen ustedes... que yo tengo mis malas bromas...

—¡Ay qué gracioso!—intervino el señor Felipe—. ¡Te daba así... con un martillo eléctrico!... ¿Verdad Amelia?

—Es mejor... con el pie sucio...

—¡Ah, sí!

—Déjense de porquerías... Yo sigo a la "señorita"...

—Adiós, perrito... —añadió el señor Felipe.

—¡Hombre—le murmuró el secretario—, me gusta la frescura tratándose de un amigo!

—*Desimula*, hombre, *desimula*...

Un día el Gobierno inglés fué vencido por la oposición y se hizo necesario proceder a nuevas elecciones de diputados.

La señorita Fitzbulge creyó llegada la ocasión de realizar su sueño y presentó su candidatura, llevando su audacia hasta el extremo de dirigirse a los electores del barrio donde era tan popular Amelia Squibs.

Con el sano propósito de armar gresca, Amelia juzgó que su antiguo traje de florista le

permitiría mayor libertad en los movimientos.

Así lo hizo y con su padre y Carlos hizo irrupción en la barraca donde la competidora era presentada a los electores y arrastraron a la chungu contra la candidata a todo el público, hasta obligarla a ponerse en salvo así como a la junta que protegía su candidatura.

Entonces, Amelia, tan pronto estuvo restablecido el orden, gritó, entre la aclamación de los vecinos que la admiraban:

—¡Aquí está vuestro candidato, amigos!...
¡Carlos Lee, el protector de los pobres!

Y oyóse una ovación estruendosa.

Carlos recordaba sus plácidos tiempos de guardia de seguridad... ¡Oh, tiempos aquellos!

* * *

Para el señor Felipe, agente electoral de Carlos Lee, los días que siguieron, fueron casi, casi una sucursal del Paraíso. Tenía libertad... algunas pesetas... y tiempo para saludar a los taberneros... En tanto que Carlos repasaba con Amelia, su discurso.

—Imítame a mí— le decía Amelia.

“Ciudadanos conscientes y organizados... Escuchad la voz del que os habla...”

—A ver, repite esta frase... Sobre todo, pon mucha energía... Anda ...

Y Carlos, sudando, obedecía:

—Ciudadanos conscientes y desorganizados... Escuchad la voz del que os habla...

—No, chico, no; si lo dices así no te escuchará nadie y lo que van a hacer todos es arrojarte tomates y pimientos a la cabeza.

—Es que no me entra, Amelia.

—Lo que interesa es que salga... Lo esencial es el número de votos. ¡Daría un buen puñado de billetes por tener la edad suficiente para poder votar!... ¡Un voto puede decidir la elección!

—Claro...

El señor Felipe sorprendió esta exclamación de su hija, y al poco rato regresó a su casa y le dijo, en presencia de Carlos, que le creyó al principio bebido:

—Hija mía, algo que oí referente a tu deseo de tener más edad, me ha llenado de remordimientos...

—¿Por qué, padre?

—Desde que tienes uso de razón te he estado mintiendo... Perdóname.

—¿Pero de qué he de perdonarte?

—Amelia, hija mía, no tienes veinte años... ¡tienes treinta!

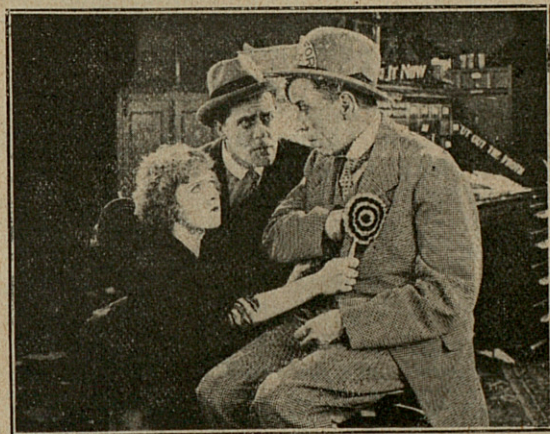
—¿Eh?... ¿Qué dices? Papá, ¡has visitado a tu amigo el tabernero de al lado!

—No, niña no... Hace unas horas decías que quisieras tener treinta años para poder votar... Al oírlo, no he podido guardar por más tiempo mi secreto... He aquí la partida de nacimiento...

—En efecto... ¡Qué vieja soy, Carlos!... ¡Si esto parece un sueño!

—¡Qué cosa más rara!

—Entonces, mis diez años perdidos... ¿dónde están?



—Amelia, hija mía, no tienes veinte años... ¡tienes treinta!

—Pues verás... Después de que tuviste la tifoidea... te pasabas largas temporadas alestargada ...

—¿Eso quiere decir que me pasé dormida diez años? ¡Si parece un cuento de hadas!

—*Debe* ser verdad, Amelia, porque si este documento no te perteneciera, tu padre tendría cárcel para tres años.

—¡Rechufa!— murmuró para su cuerpecito sandungero el señor Felipe—. Yo que creí recibir unos billetes... oigo que me vislumbran la sombra... ¡Estaría bueno que por querer pasarme de listo... tuviera que pasar una temporada *retirao* de los negocios!

Mientras meditaba el señor Felipe, Amelia, entristecida por el brusco aumento de diez años de edad, decía a Carlos:

—¡Quién lo dijera, Carlos!... Treinta años...

—Naturalmente, cuando una mujer tiene esa edad, ha pasado ya su juventud... —contestó Carlos. Y añadió, cariñoso—. Pero para mí vales más que todas las tobilleras del mundo.

—¿De veras, cariño mío?

—¿Qué implican los años cuando se ama?

—¡Oh, Carlos! Creo en ti... Y quiero que triunfes... que empieces a representar como parte propia los intereses de mis Establecimientos, para el día que tú seas...

—¡Oh, ese día, Amelia!...

—Si papá, entre otros conocidos, pudiese conseguirnos algunos electores, te juro que le daría unos cuantos billetes de los grandes.

—¿Eh? ¿De los grandes ha dicho? —se repitió el señor Felipe despertando.

Y salió a escape de su casa donde Amor hacía de las suyas, cual niño travieso a quien da gusto besar... y que besa...

Alucinado por los pápiros de a mil, el interesado agente electoral no perdió el tiempo.

Lo primero que hizo fué escribir a su amigo el secretario de la señorita Fitzbulge, la siguiente cartita:

Yo, Felipe Squibs, me comprometo a librar de sus deudas al Sr. Horacio Honeybunn, si vota a favor de Carlos Lee.

Felipe Squibs.

Y la puso al correo.

* * *

Era día de plena lucha electoral.

Honeybunn había recibido la nota del señor Felipe, pero su mala estrella quiso que la señorita Fitzbulge se enterase de su contenido, y cuando lo hubo hecho, a pesar de la resistencia que opuso aquél, gritó la voluminosa candidata ante su comité:

—¡Corrupción de elector!... ¡Hay que obligar a Carlos Lee a retirar su candidatura!

Y, al frente de sus partidarios, la señorita Fitzbulge fué al encuentro de su rival del distrito que se hallaba arengando a los ciudadanos *cocientes*.

—Lea — le dijo aquélla — esta nota delatora.

¡Uno de los agentes electores ha cometido el delito de corrupción de elector!... Ya sabe usted lo que le corresponde...

Ante la realidad, no le cupo a Carlos otro recurso que renunciar a la lucha. Y dijo a los que estaban pendientes de sus palabras:

—Me veo obligado a retirarme, amigos... El señor Felipe ha intentado comprar votos, claro está que sin mi consentimiento...

Los allí reunidos protestaron de la torpeza cometida por el señor Felipe, y éste, dándose al jefe de los diablos, se dió maña en desaparecer.

Nadie estaba dispuesto a que Carlos en nombre de los Establecimientos Squibs perdiese la elección, y en vista de la manifestación de simpatía que se tributaban a sus expendedurias de leche y productos alimenticios, Amelia tuvo una idea: aceptar ella la candidatura. Su *nueva* edad se lo permitía.

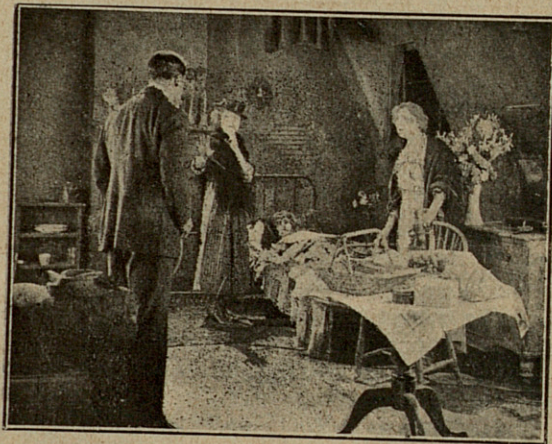
Su oferta fué unánimemente aprobada y fué así cómo Amelia se presentó candidata al cargo de diputado...

Muy atareada estuvo Amelia durante los escasos días que faltaban para las elecciones; empero no olvidaba dedicarse a las buenas obras.

Así, una tarde, enterada de que una compañera suya de cuando se dedicaba a vender flores, estaba enferma y apurada de recursos, la fué a visitar, con Carlos, y se aseguró de

que no había de faltar de nada mientras no pudiera visitarla a menudo para cooperar con sus cuidados casi de hermana a su pronto restablecimiento.

¡ Su corazón era de oro... y oro distribuía !



Su corazón era de oro...

Y llegó el día de la votación. Fué para Amelia como un caleidoscopio (véase el diccionario y tal vez *no* hallen el significado de esta fantástica palabra) atacado de vértigo que desfiló ante sus ojos.

El señor Honeybunn y su inseparable el señor Felipe, que por no chuparse el dedo, pues ya eran mayorcitos, chupaban el cuello de las botellas, llegaron tarde para votar.

Indiscutiblemente, era un par la mar de oportuno.

Durante el escrutinio, la señorita Fitzbulge perdió veinte kilos... Sin embargo, aun le quedaron ciento cinco y 200 gramos.

Amelia esperó tranquilamente, sin perder... pues ganó la elección por notable mayoría de votos.

La derrotada fué noble solicitando las paces con la vencedora. Esta accedió a ello y agregó:

—Olvidemos lo pasado, señorita Fitzbulge... He sido mala, porque había que luchar con toda clase de armas, pero ahora, lealmente, le ofrezco mi amistad.

Y se abrazaron las dos rivales.

¡ Bello gesto, señores diputados !

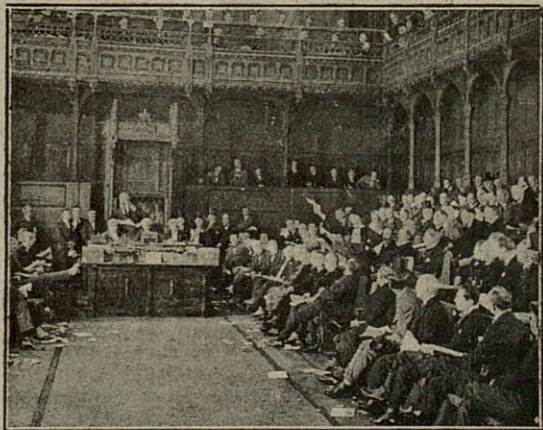
¡ Abajo el rencor !

Y, pocos días después, Amelia Squibs pronunció su primer discurso en el Parlamento.

—He venido aquí para ocuparme de los niños... Soy su representante en esta cámara... —dijo—. ¿ Hay un solo diputado que se atreva a mirarme a la cara y decirme que prefiere construir acorazados a criar chiquillos?... Si me pusieran un acorazado en una mano y un niño en la otra, yo mandaría a paseo el barco para

quedarme con el bebé... Creedme, señores diputados: dejémonos de monstruos marinos en el agua y tratemos de llenar la tierra de niños rollizos...

Al final de su ingenua oratoria, estalló una



—He venido aquí para ocuparme de los niños...

ovación sincera.

El señor Felipe, que asistía a la sesión con Carlos, lanzó al ruedo su sombrero, pero tan pronto lo hubo hecho exclamó:

—¡Caracoles! ¡Yo me echo abajo!

—¡Quieto, o nos van a expulsar!

—¡Pero, hombre, si en el sombrerito ese llevaba yo mi dinero!

* * *

Después de haber rechazado innumerables invitaciones, Amelia aceptó ir a pasar un par de días, con su padre y su novio, al muy noble castillo de los Diversdivers, adonde también había sido invitada la señorita Fitzbulge y su inseparable secretario.

Al llegar, les dijeron:

—Pasarán ustedes la noche en la antigua parte del castillo, que tiene más sabor típico... Se dice que todas las noches se pasea un espectro por los corredores, pero es una leyenda...

El señor Felipe y el secretario de la señorita Fitzbulge se miraron y sus piernas confirmaban lo que reflejaban sus ojos.

La señora, la castellana, añadió:

—Comeremos dentro de dos horas... Ahora pueden ustedes pasar a sus habitaciones, donde he puesto criados a su disposición.

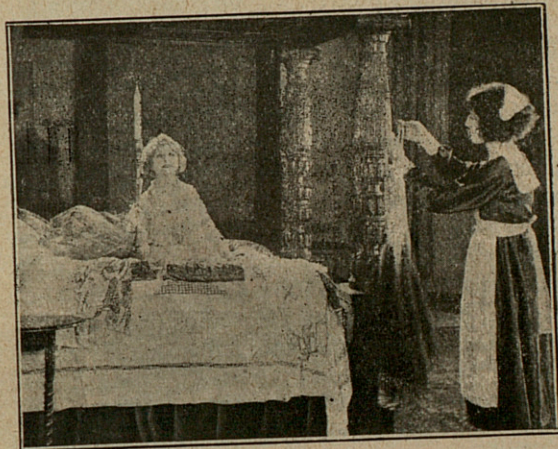
Pero la familia Squibs no estaba muy acostumbrada a refinamientos.

Por tal razón, Amelia dijo a la solícita doncella que halló en su cuarto:

—Lo mejor que puede usted hacer es irse con la música a otra parte, porque me entiendo mejor yo solita.

El señor Felipe, por su parte, mandó con viento fresco al criado que le molestaba con tantas atenciones.

—Gracias, no se moleste... Por ahora no estoy imposibilitado.



—Lo mejor que puede usted hacer es irse con la música a otra parte, porque me entiendo mejor yo solita...

—Ande el señor con cuidado con el espectro... —recomendóle el citado criado antes de marcharse—. Yo nunca lo he visto, pero sé que anda por el castillo y que cambia de forma cada vez que lo miran...

—¡Caramba!— pensó el señor Felipe—. Vaya una manera de tranquilizar a la gente. Por lo que veo, este castillo es agradable. Así se lo lleve el... No, no... por ahora que se esté quieto... que mi hija está aquí... y yo también, naturalmente...

Un poco después, al terminar la cena, el señor Felipe y los demás invitados oyeron contar la historia del espectro, y la verdad, no estaban muy seguros de su valor.

Hablando con Carlos, el señor Felipe, para quien la hora de la digestión era siempre la hora de los deleites espirituales, le dijo:

—¿Has visto, Carlitos, como hice reír a todos durante la comida?... Soy bastante alegre para tener cuarenta y dos años ¿verdad?

—¡Cómo! ¿Cuarenta y dos años nada más?... ¿Entonces tenía usted doce años cuando nació Amelia?

—¡La metí, chico, otra vez la metí!

La señorita Fitzbulge, que oyó esto, intervino:

—Yo podría hacerlos meter a ustedes en la cárcel, porque su hija no tiene la edad reglamentaria para presentarse en el Parlamento.

—No, no haga usted eso, señorita...

Es cierto que la partida de nacimiento no se refiere a mi hija, sino a una prima de mi hija que se llamaba como ella. La pobre se murió... Ahora tendría treinta años.

—Esta boca mía no hablará ...porque no podría hacer daño al hombre a quien amo. Esto le salva.

—¡Mi madre!— clamó para su personita electrizada de repente, el señor Felipe.

Llegó medianoche.

Con aparecidos o sin ellos, el señor Felipe necesitaba decir a su hija que su verdadera edad había sido descubierta.

Y, para trasladarse de su habitación a la de su hija, se envolvió en una sábana a guisa de camión.

Dominados por la sugestión de la historia del espectro, al oír pasos en el corredor, el señor Honeybunn, impelido por el miedo, salió a ver lo que era.

Carlos y Amelia hicieron lo mismo y, temerosos, se ocultaban ora en una, ora en otra habitación.

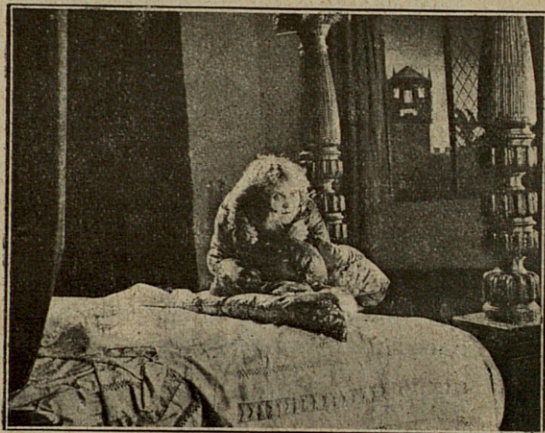
Las persecuciones involuntarias fueron cómicas.

El señor Felipe, creyéndose perseguido por el espectro, que no era otro que el secretario muerto de miedo de la señorita Fitzbulge, se encerró en la habitación de ésta y entonces se la oyó gritar apareciendo en el corredor seguida, a la fuerza, por el señor Felipe:

—¡Vaya un vejestorio insolente!... ¡O se casa usted conmigo o digo todo lo que sé!

—Terminemos esta farsa, papá —díjole a éste Amelia—. ¡Dí ahora mismo qué edad “verdadera” tengo yo!...

—Tienes veinte años. Pero, sálvame, hija mía, sálvame de este naufragio...



y, temerosos, se ocultaban...

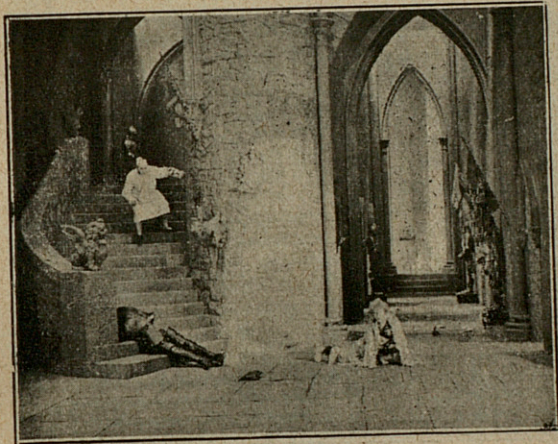
Y señalaba a la ballena de la señorita Fitzbulge.

Y Amelia, dispuesta a sacrificarlo todo en aras del amor, dijo:

—En este momento resucio al Parlamento

y me caso con Carlos... ¡Vale más tener veinte años y un marido ejemplar que ser diputado!

El peligro de casarse con la voluminosa señorita Fitzbulge, por “señorita” que fuese, desaparecía, pues, para el apurado señor Felipe.



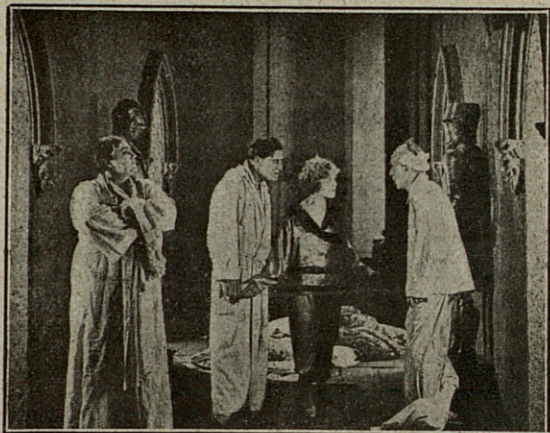
Las persecuciones involuntarias fueron cómicas...

La esperanza de ser diputado animaba a la señorita en cuestión...

En cuanto a su secretario... aun no se sabe si ha salido del cuarto de muebles inútiles donde se

ocultó cuando se imaginó que le perseguía el espectro.

Suponemos que las antigüedades no le entusiasmaron hasta el punto de quedarse en medio de ellas toda la vida.



—Terminemos esta farsa, papá: ¡Dí ahora mismo qué edad "verdadera" tengo yo!...

Y triunfó el amor de dos corazones sencillos: el de una florista y el de un policía.
¡Muchas felicidades!

FIN

(Revisado por la
censura militar)

PRÓXIMO NÚMERO La magnífica y
fina producción

EL CRIMEN de MILLEFLEURS PALAIS

Interpretación del simpático atleta

□ MACISTE □

y de la monísima

ELSE FULLER

Buen asunto. De verdadero éxito
por su originalidad



Postal-regalo: BESSIE LOVE

LA NOVELA FILM se pone
a la venta en toda España
— todos los martes —

PRECIO: 30 CÉNTIMOS

Colecciones completas y números
sueltos atrasados a precios corrientes,
de venta, en LA SOCIEDAD GENERAL
ESPAÑOLA de LIBRERÍA, S. A.
Barbará, 16 - BARCELONA,
en sus Agencias de Provincias
y en todos los Kioscos de España

• NÚMEROS PUBLICADOS •

N.º	NOVELA	Postal-Escena
1	Los Guapos o Gente brava	El joven Medardus
2	Las dos riquezas	El Prisionero de Zenda
3	Vanidad Femenina	La Batalla
4	Los cuatro jinetes del apocalipsis	Los enemigos de la mujer
5	Las esposas de los hombres ricos	Violetas Imperiales
6	Dering, El Negro	Mary Pickford
7	En poder del enemigo	Thomas Meighan
8	Heliotropo	Bebé Daniels
9	Corazón triunfante	Douglas Mac Lean
10	Por la puerta de servicio	Ethel Clayton
11	Murmuración	Charles Ray
12	El Indomado	Vivian Martin
13	Cómo aman las Mujeres	Roscoe Arbuckle (Fatty)
14	La fuga de la novia	Enid Bennett
15	Por salvar a su madre	Wallace Reid
16	Juguete del destino	Lucienne Legrand
17	El saldo pendiente	William S. Hart
18	Los Miserables (Especial)	Mary Miles Minter
19	De florista a millonaria	Dustin Farnum

